

EL DEBATE LEFORT-CASTORIADIS

Organización y partido Contribución a una discusión

Claude Lefort

No existe una acción revolucionaria que sea solitaria: esta acción que tiende a transformar la sociedad no puede más que efectuarse en un marco colectivo y este marco tiende naturalmente a extenderse. De esta manera, la actividad revolucionaria, colectiva, buscando serlo cada vez más, implica necesariamente una cierta organización. En esto nunca nadie ha disentido, ni disiente. Lo que ha sido combatido desde el comienzo de la elaboración de nuestras tesis, no es la necesidad de una organización para el proletariado, sino la de la *dirección revolucionaria*, la de la constitución de un partido. El núcleo de nuestras principales divergencias está ahí. La verdadera pregunta cuyos términos han sido alguna vez deformados de una parte y de la otra ha sido la siguiente: ¿la lucha del proletariado exige o no la construcción de una conducción o de un partido?

No es para nada accidental que esta pregunta sea la fuente permanente de nuestro conflicto teórico. Las tesis de **Socialisme ou Barbarie** se han desarrollado sobre la base de una crítica a la burocracia en todas sus formas: no nos queda, entonces, más que encarar de una manera crítica el problema de la organización revolucionaria. Ahora bien, ésta no podía más que tomar un carácter explosivo ya que cuestionaba nuestra coherencia ideológica. Se puede muy bien admitir que hay lagunas en la representación de la sociedad, circunscribir los problemas de los que no se tiene solución, pero no se puede admitir en el seno de nuestras concepciones ideológicas generales una contradicción que tiende a poner en oposición el pensamiento y la acción. Cada uno de nosotros debe visualizar y mostrar el lazo que establece entre las formas de la acción revolucionaria y las ideas a las que suscribe.

Del pasado al presente

¿Qué es, entonces, aquello en lo que nos debemos coherencia? En el origen de nuestras tesis se ubican los análisis del fenómeno burocrático. Al que hemos abordado simultáneamente desde diferentes aspectos antes de poder tener de él una representación global. La primera vía fue la crítica de las organizaciones obreras en Francia. Encontramos en ellas más que malas direcciones de las que habría hecho falta corregir errores o denunciar traiciones; descubrimos que eran partícipes del sistema de explotación

en tanto que formas de encuadramiento de la fuerza de trabajo. Empezamos a investigar que ellas eran las bases materiales del estalinismo en Francia. En este sentido distinguimos, al mismo tiempo, los privilegios actuales que aseguraban la estabilidad de una capa de cuadros políticos y sindicales y las condiciones históricas generales que favorecían la cristalización de numerosos elementos en la sociedad, ofreciéndoles la perspectiva de una nueva clase dominante.

El segundo aspecto, la segunda vía, fue la crítica del régimen burocrático ruso, del que mostramos los mecanismos económicos que subyacían a la dominación de una nueva clase.

La tercera vía fue el descubrimiento de las tendencias burocráticas, a escala mundial, de la concentración creciente del capital, de la intervención crecientemente extendida del Estado en la vida económica y social, asegurando un nuevo estatus a capas cuyo destino no estaba ya ligado al capital privado.

De mi parte, esta profundización teórica iba a la par de una experiencia que había conducido en el seno del partido trotskista, cuyas lecciones me parecieron claras.

El P.C.I., en el que había militado hasta 1948, no participaba en nada en el sistema de explotación. Sus cuadros no obtenían ningún privilegio de su actividad dentro del partido. Se encontraban en su seno sólo elementos imbuidos de una evidente "buena voluntad revolucionaria" y conscientes del carácter contrarrevolucionario de las grandes organizaciones tradicionales. Formalmente reinaba una gran democracia. Los organismos dirigentes eran regularmente elegidos durante las asambleas generales; éstas eran frecuentes, los camaradas tenían toda la libertad de reunirse en tendencias y defender sus ideas en las reuniones y los congresos (podían, incluso, expresarse en las publicaciones del partido). Sin embargo, el P.C.I. se desenvolvía como una micro-burocracia y nos aparecía como tal. Sin duda daba lugar a prácticas condenables: falsificación de los mandatos fuera de los congresos, maniobras efectuadas por la mayoría existente para asegurar al máximo la difusión de sus ideas y reducir las de las minorías, calumnias diversas para desacreditar al adversario, esgrimir la destrucción del partido cada vez que un militante se encontraba en desacuerdo sobre ciertos puntos importantes del programa, culto a la personalidad de Trotsky, etc. Pero lo esen-

cial, lo más importante, no estaba allí. El P.C.I. se consideraba el partido del proletariado, su *dirección*, irremplazable; juzgaba la futura revolución como el simple cumplimiento de su programa. Con respecto a las luchas obreras, el punto de vista de la organización predominaba en forma absoluta. En consecuencia, aquéllas eran siempre interpretadas según este criterio: ¿en qué condiciones serían favorables para el fortalecimiento del partido? Habiéndose identificado definitivamente con la Revolución mundial, el partido estaba preparado para realizar numerosas maniobras, aún cuando éstas fuesen escasamente útiles para su desarrollo.

Si bien hay que tomar muchas precauciones para hacer esta comparación, ya que es válida sólo desde una cierta perspectiva, tanto el P.C.I. como el P.C. veían en el proletariado una masa a dirigir. Pretendía solo *dirigirla bien*. Ahora bien, esta relación que el partido mantenía con los trabajadores —o, más bien, que hubiera deseado mantener, ya que en los hechos no dirigía nada en absoluto— se reencontraba trasplantado al interior de la organización, entre el aparato de dirección y la base. La división entre dirigentes y simples militantes era una norma. Los primeros esperaban de los segundos que escucharan, que discutieran las propuestas, que votaran, que difundieran el diario y pegaran los afiches. Los segundos, persuadidos que a la cabeza del partido eran necesarios *camaradas competentes*, hacían lo que se esperaba de ellos. La democracia estaba fundada sobre el principio de la ratificación. Consecuencia: igual que en la lucha de clases, predominaba el punto de vista de la organización; en la lucha dentro del partido, el punto de vista del control de la organización era decisivo. Al mismo tiempo que la lucha revolucionaria se confundía con la lucha del partido, ésta se confundía con la lucha llevada a cabo por el buen equipo. El resultado era que los militantes se definían sobre cada asunto según este criterio: ¿el voto reforzaba o, por el contrario, arriesgaba debilitar al buen equipo? De esta manera, al someterse cada uno a la preocupación de una eficacia inmediata, la ley de la inercia reinaba como en toda burocracia. El trotskismo era una de las formas del conservadurismo ideológico.

La crítica que le hago al trotskismo no es del orden de lo psicológico: es sociológica. No se basa sobre los comportamientos individuales sino que concierne a un modelo de organización social cuyo carácter burocrático es mucho más destacable en tanto no está determinado directamente por las condiciones materiales de explotación. Sin duda, este modelo no es más que un subproducto del modelo social dominante: la micro burocracia trotskista no es la expresión de una capa social, sino solamente el eco en el seno del movimiento obrero de las burocracias reinantes a escala de la sociedad global. Pero el fracaso del trotskismo nos muestra la extraordinaria dificultad que existe para escapar de las normas dominantes, para instituir en el nivel mismo de la organización revolucionaria un modo de reagrupamiento, de trabajo y de acción que sean efectivamente revolucionarios y ya no marcados por el sello del espíritu burgués o burocrático.

Los análisis de **Socialisme ou Barbarie**, la experiencia que algunos extrajimos, como en mi caso, de su antigua acción en un partido, condujo naturalmente a percibir bajo una nueva luz la

lucha de clases y el socialismo. Es inútil resumir las posiciones que la revista impulsó a tomar. Bastará decir que la autonomía devino ante nuestros ojos el criterio de lucha y de la organización revolucionarias. La revista no cesó de afirmar que los obreros debían tomar en sus manos su propio destino y organizarse ellos mismos, independientemente de los partidos y los sindicatos que pretendían ser los depositarios de sus intereses y de su voluntad. Juzgamos que el objetivo de la lucha no podía ser otro que la gestión de la producción por los trabajadores, ya que toda otra solución no haría más que consagrar el poder de una nueva burocracia; buscábamos, en consecuencia, determinar reivindicaciones que dieran testimonio, en lo inmediato, de una conciencia antiburocrática; le acordamos un lugar central al análisis de las relaciones de producción y de su evolución, para demostrar que la gestión obrera era realizable y que ella tendía a manifestarse espontáneamente, ya mismo, en el seno del sistema de explotación; finalmente fuimos conducidos a definir el socialismo como una democracia de los consejos.

Estas posiciones de las que, por otra parte, no se puede decir hoy que estén suficientemente elaboradas, pero que han sido objeto de un trabajo importante, se han reafirmado, sobre todo desde que levantamos la hipoteca trotskista que pesaba sobre nuestras ideas. Pero, por supuesto, no pueden tomar todo su sentido a menos que forjemos, simultáneamente, una nueva representación de la misma actividad revolucionaria. Se encuentra ahí una necesidad inherente a las tesis de **Socialisme ou Barbarie**. Intentando eludirla multiplicamos los conflictos entre nosotros, al no mostrar su alcance y, a veces, intentando eludirlo nosotros mismos: en efecto, es evidente que una divergencia sobre el problema de la organización revolucionaria afecta, poco a poco, al entero contenido de la revista: los análisis de la situación política y de los movimientos de lucha, las perspectivas que ensayamos trazar y, sobre todo, el lenguaje que empleamos cuando nos dirigimos a los obreros que nos leen. Ahora bien, sobre este aspecto, ha resultado y resulta imposible acordar sobre nuestras ideas y dar una respuesta común al problema.

Un cierto número de colaboradores de la revista no hace más que definir la actividad revolucionaria dentro del marco de un partido de nuevo tipo, el que, de hecho, vuelve a enmendar el modelo leninista que el trotskismo ha tratado de reproducir integralmente. ¿Por qué este fracaso? Y, en primer lugar, ¿por qué es necesario hablar de un fracaso?

Extraigamos las conclusiones de nuestras críticas.

El argumento esencial que avanza a favor de la construcción de un partido revolucionario me parece figurar ya en un texto antiguo de la revista: “El proletariado no podrá vencer, ni siquiera luchar seriamente contra sus adversarios —adversarios que disponen de una organización formidable, de un conocimiento completo de la realidad económica y social, de cuadros educados, de los avances de la sociedad, de la cultura y, la mayor parte del tiempo, del mismo proletariado— a menos que disponga de un conocimiento, de una organización de contenido proletario, *superiores* a los de sus adversarios mejor equipados en este as-

pecto” (extraído de **Socialisme ou Barbarie**, n° 2, “El partido revolucionario”, p. 103).

Dado que el proletariado no puede, en tanto que clase considerada en su conjunto, tener este conocimiento y proveer esta organización, sólo una fracción, la más consciente, puede “elevarse al nivel de las tareas universales de la revolución” (*Ibid.*): “esta fracción es necesariamente un organismo universal minoritario, selectivo y centralizado” (**Socialisme ou Barbarie**, n° 10, p. 16).

Este argumento parecía fundamentar desde ya todos los análisis del **¿Qué hacer?** Pero Lenin dedujo de allí un cierto número de consideraciones que no podían ser admitidas, tal cual habían sido formuladas, en el marco ideológico de **Socialisme ou Barbarie**. Aboquémonos a lo esencial: Lenin considera que el proletariado no pudiendo acceder por sí mismo a la conciencia científica de la sociedad tiende, espontáneamente, a someterse a la “ideología reinante, o sea, a la ideología burguesa”; la tarea esencial del partido es la de sustraerlo a esta influencia, aportándole un conocimiento político, y este conocimiento político no puede ser administrado sino es desde el exterior del marco de su vida cotidiana, “es decir, desde el exterior de la lucha económica, desde el exterior de la esfera de las relaciones de producción”; además, Lenin demuestra que la organización proletaria, para ser *superior* a la de sus enemigos de clase, debe vencerla en su propio terreno: profesionalización de la actividad revolucionaria, rigurosa concentración de sus tareas, especialización de las funciones de los militantes (de ahí el paralelo incesante retomado a lo largo del **¿Qué hacer?** entre el partido y el ejército); por fin —como consecuencia explícita— convencido de la validez de su programa, por el sólo hecho de que las masas lo apoyan, el partido se encuentra naturalmente destinado si no a ejercer el poder, por lo menos a participar de él activamente.

Tales ideas son incompatibles con la crítica de la burocracia y la afirmación de la autonomía proletaria.

No podemos admitir que la conciencia política sea introducida desde afuera del proletariado por una fracción organizada; juzgamos, por el contrario, que es necesario redefinir el concepto mismo de política, ya que éste, en el uso que tradicionalmente se hace de él dentro del movimiento obrero, guarda un contenido burgués, que no tiene sentido para los trabajadores sino es a partir del momento en el que éstos son susceptibles de ligar a los acontecimientos de su propia experiencia las relaciones de producción. El rol de la política no es, por lo tanto, el de enseñar sino, más bien, el de explicitar lo que está inscripto en el estado de tendencia en la vida y la conducta de los obreros. Pero esta idea tiende a transformar la imagen de la actividad del militante; ya no es más como lo quería Lenin “el tribuno popular” que sabe aprovechar la menor ocasión para “exponer delante de todos sus convicciones sociales y sus reivindicaciones democráticas” (**¿Qué hacer?**); es aquél que *partiendo* de una crítica o de una lucha de los trabajadores en un sector determinado, intenta allí formular su alcance revolucionario, de mostrar cómo ésta *pone en cuestión el hecho mismo de la explotación* y, por lo tanto, de extenderla. El militante ya no aparece entonces como un dirigente sino como un agente de los trabajadores. Sin embargo, algunos

se resisten a extraer esta conclusión, se frenan en sus críticas a la política. Uno también podría preguntarse si la afirmación acerca de que la conciencia no es introducida desde afuera no les sirve para identificarse —ingenuamente convencidos pero, sobretudo, con un notable aplomo— con la clase obrera.

Por otro lado, critican la idea de que el partido debe ser un órgano de poder. Y, de hecho, esto contradice la representatividad esencial del socialismo, en tanto que sociedad de los consejos. Mas esta crítica es eminentemente equívoca. Significa que el partido no es un órgano burocrático, ya que su programa es la realización de un poder soviético y entonces —en última instancia— un programa antipartidario. La lógica exigiría que, partiendo de tal objetivo, nos opongamos a la formación de un organismo que se arroge el monopolio del programa socialista y arriesgue hacerle la competencia a los consejos, y que busquemos una nueva vía para la actividad revolucionaria. Todo lo contrario, apelar a una organización autónoma de los trabajadores, efectivamente representativa, deviene una justificación de la existencia y de la duración del partido. El partido se hace necesario para la fundación del poder soviético. Aún más, ese poder no es autónomo sino en la medida en que el partido lo juzga como tal. Digamos, y ciertos camaradas lo dijeron, ciertamente, al hablar de la situación pre-revolucionaria, que no hay más que una organización válida: “el partido es un organismo, en forma y fondo, *único*, dicho de otra manera, es el único organismo (permanente) de la clase bajo condiciones del régimen de explotación. No hay, no puede haber allí una pluralidad de formas de organización a las cuales aquél se yuxtapondría. En este sentido, la distinción entre comités de lucha y partido (o toda otra forma de organización minoritaria de la vanguardia obrera) concierne exclusivamente al grado de clarificación y de organización y a ninguna otra cosa” (**Socialisme ou Barbarie**, n° 10, p. 16).

Cierto, no se habla aquí sino de las condiciones del régimen de explotación, pero en esto no se ve por qué la tesis no se extendería a aquéllas del régimen socialista, puesto que la autonomía de los soviets, al igual que la de los comités de lucha, no es efectiva más que a partir del momento “en que su mayoría adopta y asume el programa revolucionario que, hasta entonces, el partido solo defiende sin compromisos” (**Socialisme ou Barbarie** n° 2, p. 101).

La tendencia a extender indefinidamente las prerrogativas del partido se manifiesta, además, en la definición que se ofrece de los organismos de clase, del tipo de comité de lucha. Después de haberlos presentado como embriones de organismos soviéticos y no de tipo partido (**Socialisme ou Barbarie** n° 2, p. 100), no se los distingue ya del partido sino por su menor grado de especificidad y de organización.

De hecho, no cesaremos de repetirlo, si se afirma la necesidad del partido, si se basa esta necesidad en el hecho de que el partido detenta el programa socialista, si se caracteriza la autonomía de los organismos forjados por los trabajadores, siguiendo el criterio de su acuerdo con el programa del partido, éste se encuentra naturalmente destinado a ejercer, antes y después de una revolución, el poder, todo el poder real de las clases explotadas.

Pero, al mismo tiempo, es necesario reconocer que esta tesis está en contradicción formal con nuestra teoría y denuncia de la manera más aguda la incoherencia de aquéllos que la sostienen.

Tercera corrección aportada a la teoría leninista: buscar nuevas modalidades de funcionamiento del partido. De hecho, se las busca sin buscarlas, puesto que a menudo se dice que las reglas importan poco y que el criterio de nuestro antiburocratismo está en nuestro programa. Se las busca, no obstante, aunque más no sea que porque es imposible suscribir a la tesis del **¿Qué hacer?** sobre la profesionalización de la actividad revolucionaria, efectivamente inconciliable con el principio que dice que es necesario tender a suprimir toda separación entre dirigentes y ejecutantes. La nueva idea es la de extender al partido el principio de la delegación y de la revocabilidad que inspira la organización soviética. Si no me equivoco, ciertos camaradas piensan que los órganos dirigentes se encuentran bajo un control efectivo permanente de los militantes desde el momento en que éstos tienen el poder, en cada una de sus reuniones, de cambiar de delegados. Pero no hacen más que perfeccionar un modelo de democracia formal. En los organismos de clase, la noción de revocabilidad puede tener un contenido positivo por el hecho de que existe un medio de trabajo real; los hombres forjan, en virtud de sus relaciones, en el seno del medio productivo, una experiencia que les permite resolver con claridad los problemas que encuentran. Lo que deciden concierne a su vida y tienen el poder de verificar lo que deciden a partir de su vida. El partido, en cambio (sea cual sea la opinión que se tenga sobre él), es un medio artificial, heterogéneo, ya que los individuos que allí están son diferentes por su actividad profesional, por su origen social y por su cultura. La unidad de ese medio no existe más que en razón de la centralización impuesta a la organización y esta centralización, a su vez, está fundada sobre la cohesión del programa. En estas condiciones, las decisiones a tomar en el nivel de las células tienen siempre una doble motivación: la que se origina de una acción a llevar a cabo en un medio social exterior y la que se origina de la aplicación del programa o de la obediencia a la instancia central. El delegado de la célula tiene, asimismo, una doble función: es el mejor camarada en lo que concierne al trabajo propio de la célula y es, de otra parte, el *camarada competente*, aquél que ha asimilado el programa, que representa el "Centro", que posee la ciencia de la política revolucionaria, que tiene el poder de "elevarse al nivel de las tareas universales de la revolución". En consecuencia, el principio de revocabilidad se encuentra privado de eficacia: a los ojos de los militantes, el delegado, en desmedro de sus errores o de sus faltas, aparece como un camarada que tiene el privilegio de formar parte de los dirigentes y cuya *competencia* se incrementa naturalmente desde el momento en que participa de la dirección. Poco importa que el delegado sea o no revocable en todo momento; los factores que paralizan la base militante en un partido no dependen tanto de que no disponga del poder permanente de revocar sino, de manera mucho más profunda, de que esa base esté acostumbrada a la existencia del aparato dirigente, a la jerarquización de las funciones, a la especialización de la actividad política.

Evoquemos una vez más el partido trotskista para plantear esta cuestión: ¿qué habría cambiado con la introducción de un siste-

ma de delegados revocables? Podemos responder: nada más, probablemente, que una exacerbación de la lucha de las tendencias que, en lugar de culminar en las asambleas y los congresos, habría revestido un carácter explosivo permanente dado que cada una se habría abocado, dentro del marco de las células, a sustituir al delegado en curso por su propio candidato.

La democracia no se pervierte por la existencia de malas reglas organizacionales, lo hace sobre la base de la existencia misma del partido. La democracia no puede ser alcanzada en su seno por el hecho de que el partido mismo no es un organismo democrático, es decir, un organismo *representativo* de las clases sociales de las que se autoproclama.

Todo nuestro trabajo teórico debería hacernos llegar a esta conclusión. Es más, algunos de nosotros la rechazan pero, a mi entender, buscando conciliar la afirmación de la necesidad de un partido con nuestros principios fundamentales, caen en una nueva contradicción. Quieren operar esta conciliación tomando como modelo un partido donde serían introducidas reglas de funcionamiento características de un tipo soviético y, por allí, van a contramano de su crítica del leninismo.

En efecto, Lenin había perfectamente comprendido que el partido era un organismo *artificial*, es decir, fabricado por fuera del proletariado. Considerándolo un instrumento de lucha absolutamente necesario, no dudaba en fijarle estatutos cuasi soviéticos. El partido sería bueno si el proletariado lo sostenía, malo, si no lo seguía: sus preocupaciones se frenaban allí. De tal suerte que en **El Estado y la Revolución**, el problema de la función del partido no es ni siquiera abordado: el poder revolucionario es el pueblo en armas y sus consejos ejerciéndolo. El partido, en la mirada de Lenin, no tiene más existencia que por su programa, que es, precisamente, el poder de los soviets. De acuerdo a lo que la experiencia histórica señala, cuando se descubre en el partido un instrumento privilegiado de formación y de selección de la burocracia, no se puede más que proponer destruir este tipo de organización. Buscar conferirle atributos democráticos incompatibles con su esencia, es caer en una mistificación de la que Lenin no fue víctima; es presentarlo como un organismo *legítimo* de las clases explotadas y darle un poder más grande del que jamás se haya soñado en el pasado.

La idea de dirección revolucionaria. Evidencia de geometra

Pero si no se puede, al menos a partir de nuestros principios, admitir la idea de un partido revolucionario sin caer en una contradicción ¿no hay, sin embargo, un motivo que nos conduzca sin interrupción a postular su necesidad?

Ya he formulado esa motivación citando un texto del n° 2 de la revista. Resumámoslo nuevamente: el proletariado no podrá vencer a menos que disponga de una organización y de un conocimiento de la realidad económica y social superiores a los de su adversario de clase.

Si esta proposición resulta verdadera, será necesario decir también que estamos impelidos de constituir un partido, y que ese partido, en razón de las críticas que acabo de mencionar, no pue-

de sino devenir el instrumento de una nueva burocracia: resumiendo, será necesario concluir que la actividad revolucionaria está necesariamente encaminada al fracaso. Pero esta proposición —que creo encontrar en el origen de todas las justificaciones de un partido— no ofrece más que una pseudo-evidencia. Evidencia de géometra que no tiene contenido social. Frente al poder centralizado de la burguesía, de la ciencia que poseen las clases dominantes, se ha construido *simétricamente* un adversario que, para vencer, debe adquirir un poder y una ciencia *superiores*. Este poder y esta ciencia no pueden entonces más que conjugarse en una organización que, *antes* de la revolución, sea superior al Estado burgués. En la realidad, las vías por las que se enriquece la experiencia de los trabajadores (y las tendencias del socialismo) no concuerdan con este esquema. Es una utopía imaginar que una minoría organizada pueda apropiarse de un conocimiento de la sociedad y de la historia que le permita forjar por adelantado una representación científica del socialismo. Por loables y por necesarios que sean los esfuerzos de los militantes por asimilar y por hacer progresar, por sus propios medios, el conocimiento de la realidad social, es necesario comprender que este conocimiento sigue procesos que exceden las fuerzas de un grupo determinado. Se trate de la economía política, de la historia social, de la tecnología, de la sociología del trabajo, de la psicología colectiva o, en general, de todas las ramas del saber que incumben a la transformación de la sociedad; es necesario convencerse que el curso de la cultura escapa a toda centralización rigurosa. Descubrimientos revolucionarios, según nuestros propios criterios, existen en todos los campos (conocidos o no por nosotros), que elevan la cultura “al nivel de las tareas universales de la revolución”, que responden a las exigencias de una sociedad socialista. Sin duda estos descubrimientos siempre coexisten con modos de pensamientos conservadores o retrógrados, de modo que su síntesis progresiva y su puesta en valor no puedan efectuarse espontáneamente. Pero esta síntesis (que no podemos concebir más que bajo una forma dinámica) no podrá producirse sino hasta que la lucha de la clase revolucionaria, permitiendo percibir un vuelco de todas las relaciones tradicionales, devenga en un agente poderoso de cristalización ideológica. En tales condiciones, y solamente entonces, se podrá hablar en términos sensatos de una fusión de la organización proletaria y de la cultura. Repitémoslo, esto no significa que los militantes no tengan un rol esencial que jugar, que no deban hacer progresar la teoría revolucionaria gracias a sus propios conocimientos; pero su trabajo no puede ser considerado más que como una contribución a un trabajo cultural *social*, que se efectúa siempre a través de una diversidad de vías irreductible.

Es otra utopía imaginarse que el partido pueda garantizar una rigurosa coordinación de las luchas y una centralización de las decisiones. Las luchas obreras, tal como ellas se han producido desde hace 12 años —y tal como la revista las ha interpretado— no han sufrido por la ausencia de un órgano tipo partido que habría conseguido coordinar las huelgas; no han sufrido de una carencia de politización —de la manera en que Lenin lo entendía—, sino que han estado dominadas por el problema de la organización autónoma de la lucha. Ningún partido puede hacer que el proletariado resuelva este problema; al contrario, no será

resuelto sino es en oposición a los partidos —cualesquiera que sean y por más antiburocráticos que sean sus programas. La exigencia de una preparación concertada de las luchas de la clase obrera y de una previsión revolucionaria no puede, ciertamente, ser ignorada (si bien dicha exigencia no se presenta en todo momento, como algunos lo hacen creer); pero hoy es inseparable de otra exigencia: que las luchas sean decididas y controladas por aquéllos que las promueven. *La función de coordinación y de centralización no motiva entonces la existencia de un partido; éstas corresponden a grupos de obreros o de empleados minoritarios que, multiplicando sus contactos entre ellos, no dejan de ser parte de los medios de producción donde actúan.*

A fin de cuentas, a la conciencia de las tareas universales de la revolución, el proletariado no accede más que cuando ha cumplido con esas tareas mismas, que es en el momento en que la lucha de clases abraza a la sociedad entera y donde la formación y la multiplicación de los consejos de trabajadores brinda las señales sensibles de una nueva sociedad posible. Que minorías militantes hagan un trabajo revolucionario no significa en absoluto que un organismo pueda, en el seno de una sociedad de explotación, encarnar frente al poder burgués, en forma anticipada, gracias a la centralización y a la racionalización de sus actividades, el poder de los trabajadores. A diferencia de la burguesía, el proletariado no tiene, en el seno de la sociedad de explotación, institución representativa alguna; no dispone más que de su experiencia, cuyo itinerario complicado y jamás garantizado no puede ser depositado bajo ninguna forma objetiva. Su institución es la revolución misma.

La actividad militante

Cuál es entonces la concepción de actividad revolucionaria que, algunos camaradas y yo mismo, hemos sido llevados a defender. Deviene de aquello que los militantes no son, no pueden ni deben ser: una *dirección*. Ellos son una minoría de elementos activos, que provienen de nichos sociales diferentes, reunidos en razón de un acuerdo ideológico profundo, y que se ocupan de ayudar a los trabajadores en su lucha de clase, de contribuir al desarrollo de esa lucha, para disipar las mistificaciones entretrejidas por la clase y las burocracias dominantes, para propagar la idea de que los trabajadores, si quieren defenderse, serán puestos en la tarea de tomar su propia suerte en sus propias manos, organizarse a sí mismos a escala de la sociedad, y que eso es el socialismo.

Estamos convencidos que el rol de estos elementos es esencial —al menos que puede y debe serlo. Las clases explotadas no forman un todo indiferenciado: lo sabemos y no es de los adeptos a una organización centralizada de quienes lo hemos aprendido. Éstas contienen elementos más o menos activos, más o menos conscientes. De la capacidad que los elementos más activos tengan para propagar las ideas y para sostener las acciones revolucionarias depende, finalmente, el porvenir del movimiento obrero.

Pero entre estos elementos activos, algunos —y de lejos los más numerosos— tienden a reunirse en el seno de las empresas, sin

buscar, en principio, la extensión de su acción hacia una escala más amplia. Estos encuentran espontáneamente la forma de actuar: fundan un pequeño diario local o un boletín; militan en una oposición sindical o componen un pequeño grupo de lucha. Otros experimentan la necesidad de expandir sus horizontes, de trabajar con elementos que pertenecen a medios profesionales y sociales diferentes de los suyos, de hacer coincidir sus acciones con una concepción general de la lucha social. Entre éstos últimos se encuentran numerosos camaradas —es necesario reconocerlo— que no pertenecen a un medio de producción y que no pueden entonces reunirse más que por afuera de las empresas: su cultura constituye un aporte esencial al movimiento obrero, a condición de que tengan una apropiada representación de su papel, que es el de subordinarse a ese movimiento.

La acción de estos últimos elementos no puede tener más que el objetivo de sostener, de amplificar, de clarificar aquella acción que llevan adelante los militantes o los grupos de las empresas. Se trata de aportarles información de la que ellos no disponen, conocimientos que no pueden ser obtenidos más que a través de un trabajo colectivo, llevado a cabo por fuera de las empresas; se trata de ponerlos en contacto, los unos con los otros, de permitirles comunicar sus experiencias separadas, de ayudarlos a constituir, poco a poco, una verdadera red de vanguardia.

Se pueden definir numerosas maneras que permitirían, desde ahora, orientarse hacia estos objetivos: por ejemplo la publicación de un diario. Pero no se llegará jamás a los trabajadores y jamás se logrará asociarlos a la empresa de un diario si no se les demuestra, primeramente, su seriedad. No se logrará si las informaciones comunicadas son insuficientes o precarias, si las experiencias mencionadas son excepcionales, si las interpretaciones propuestas son apresuradas y las generalizaciones sumarias, extraídas a partir de hechos singulares y dispersos. En resumen, si el diario es creado por un grupo que no tiene más que un pequeño contacto con militantes de la empresa, nadie se interesará por esa iniciativa. En un nivel más modesto, se trata, en principio, de convencer a los obreros, a los empleados, a los pequeños grupos ya existentes que les podemos ser útiles. La mejor manera es la de difundir (bajo la forma de un boletín sin una periodicidad regular) análisis cortos que aporten sobre la situación actual e informaciones — siempre que éstas hayan sido obtenidas a través de medios fuera de su alcance. Subrayaremos que los diarios de empresa pueden publicarlos o utilizarlos como mejor les plazca. Suscribiremos, además, que si nuestro trabajo les interesa, éste se enriquecerá naturalmente de informaciones y de críticas que ellos nos aportarán.

Por otra parte, se pueden poner en marcha algunos análisis serios con relación al funcionamiento de nuestra propia sociedad (sobre las relaciones de producción, la burocracia en Francia o la burocracia sindical). Se establecerá así una colaboración con los militantes de la empresa de manera de plantear en términos concretos (por las preguntas sobre su experiencia de vida y laborales) el problema de la gestión obrera.

Semejantes tareas pueden parecer modestas. En cambio, bien llevadas, exigen un trabajo considerable. Lo importante es que ellas estén a la altura de las minorías de vanguardia y que per-

mitan encarar un desarrollo progresivo, es decir, un desarrollo tal que a cada nivel de realización le corresponda una ampliación posible del trabajo.

Definiendo sus objetivos y sus métodos, se definen al mismo tiempo las formas de organización que le corresponden y que se apoyan, en principio, sobre el rechazo de la centralización. La organización que conviene a militantes revolucionarios es necesariamente *laxa*: no se trata de tener un gran partido dirigiendo desde sus órganos centrales la actividad de una red de militantes. Lo que no puede desembocar más que en hacer de la clase obrera un instrumento o abandonarla a la indiferencia, incluso a la hostilidad frente a un partido que pretende representarla.

El movimiento obrero no se abrirá a una vía revolucionaria sino es rompiendo con la mitología del partido, para buscar de formas de acción en los múltiples enlazamientos de militantes que organicen libremente su actividad, garantizando a través de sus contactos, sus informaciones y sus alianzas, no solamente la confrontación sino también la unidad de las experiencias obreras.

Este texto acompaña nuestra retirada del grupo **Socialisme ou Barbarie**. Quien esté interesado en la discusión que suscita la cuestión del Partido en este grupo puede leer otro artículo nuestro: “El proletariado y el problema de la dirección revolucionaria”, el trabajo de P. Chaulieu “La dirección proletaria”, n° 10, julio/agosto 1952, *Ibid.*, la carta de A. Pannekoek y la respuesta de P. Chaulieu, n° 14, 1954; finalmente la crítica que nos realiza P. Cardan, desde nuestro comienzo, en el marco de las tesis de estudio “Proletariado y organización”, n° 27 y 28. Encontramos en otro texto, en **La Breche** (Morin, Lefort, Coudray), París, 1968, los elementos de una extensión y de una transformación del debate. No parece que los problemas relevados en estos diferentes textos hayan dejado de ser actuales. Como ejemplo ver la discusión publicada por **Studies on the Left**, con la participación de Tom Hayden, vol. 5, n° 2, 1965; los comentarios, siempre vigentes, presentados por G. Lichteim en **Marxism in modern France**, New York, 1966. Finalmente, bastará leer los textos de R. Rossanda y de Sartre en **II Manifiesto**, n° 4, 1969, para convencerse de que la influencia de la tradición reside con fuerza en aquéllos que buscan desembarazarse de la ortodoxia comunista.

[traducido de **Socialisme ou Barbarie** n° 26, París, noviembre/diciembre de 1958, por Marisa Pronesti. Revisión técnica de Adriana Petra]